

fos, gritando: «¡Evohe! ¡Evohe!» Luego, cuando el suspiro de los océanos le responde, á la voluptuosidad se mezcla la desesperación de no poder tocar aquel infinito engañoso. Agota la copa de la orgía: su sed se acrece aún; desgárrase con sus manos, y sellando su cuerpo con terribles estigmas, sigue siempre á la gran Madona amorosa que siempre se oculta allá en el horizonte sobre su carro tirado por rugientes leones. Percibe sobre el rocío encendido las huellas de las ruedas; aproximase; se obstina, hasta que jadeante, extraviado, no sabiendo ya á qué lado volverse para abrazar á la amante, la ve un día subir á los purísimos cielos de la Siria bajo la figura de la Virgen inmaculada del cristianismo; porque era preciso que el hombre hubiese recorrido con su antorcha todo el recinto de la materia y de los cuerpos, antes de consentir en buscar definitivamente su dicha, más allá del universo visible, en un amor más insaciable que el amor de las Ménades.

LIBRO QUINTO

LA RELIGIÓN HEBRAICA

I

Jehová.—La revelación por el desierto

Hasta aquí hemos visto, bajo la máscara monstruosa del paganismo, el espíritu de la tradición universal; abramos ahora el libro que encierra cuanto de vital hay en todos los del Asia, que los reúne todos y todos á la vez los contradice, consagrándolos y aboliéndolos á un mismo tiempo. En esto consiste, bajo el punto de vista humano, el milagro más visiblemente escrito en cada página de la Biblia. Por un lado, recoge lo más puro de la substancia del Oriente, por otro señala el fin de su reinado. Corónalo y lo maldice á un tiempo, y como, sobre todo, lo comprendía, hállase penetrado de la idea viviente de Dios, que bebe en cada una de las fuentes santas del naciente mundo.

De medio siglo acá, el texto del Antiguo Testamento ha sido examinado más que nunca. Alemania se encargó de esa tarea. El espíritu del hombre

quiere, al fin, ver claro en el libro de Dios. Vuelve á tomarlo; pesa ahora cada sílaba; se empeña en este juego de azar: nunca se dió tan rudo asalto á la letra. ¿Y qué resulta de aquí? Si sólo las apariencias se consultan, todo queda irrevocablemente trastornado por los descubrimientos de la crítica, no pudiendo menos de confesarlo la misma ortodoxia; pero si después de esta primera ilusión se examinan los resultados, se los encuentra mezclados con tantas conjeturas é hipótesis, que se desespera de poder fundar nada sobre esta base. ¿Está perfectamente demostrado que sólo los cánticos del *Pentateuco* datan del tiempo de Moisés, que la narración entera de los cinco primeros libros de la Biblia es la obra sucesiva y anónima del sacerdocio; que, por otra parte, en vez de un cuerpo de tradiciones, no contienen más que alegorías, fábulas morales, una *Iliada* simbólica? ¿Es cierto que la historia no comienza á apuntar sino con el libro de los *Jueces* y el personaje Samuel; que el *Génesis*, formado de dos monumentos de diverso origen, es posterior al tiempo de la cautividad; que la mayor parte de los salmos nada tiene que ver con David; que la mitad de *Isaías*, todo el libro de *Josué*, los de *Daniel*, *Esther*, *Esdras*, *Nehemías*, *Job*, *Ruth* y los *Proverbios* son apócrifos? Sustituyendo en todas partes las personas con la acción vaga del tiempo, aboliendo todo nombre particular, ¿se ha considerado bastante que este sistema, que se aplica tan fácilmente á los pueblos en los cuales el hombre des-

aparece en la casta, está en contradicción casi perpetua con el genio de todos los demás? No son dinastías hereditarias las que componen su pasado, sino individuos, figuras indestructibles. Para arrancar á Moisés de la historia, ¿por qué no se comienza arrancando de ella al mismo pueblo hebreo?

¿Qué importa, por otra parte, que se disputen á Moisés unos cuantos reglamentos y narraciones, que sin duda alguna no le pertenecen, si se le concede la plena posesión de la idea de Jehová, que es en lo que consiste verdaderamente el milagro de su vida? ¿De qué sirve hacer comenzar la teocracia después de la destrucción de Jerusalén, sino se le niegan sus doctrinas? Que éstas provengan de Egipto ó de Babilonia, ¿son acaso por esto menos extraordinarias? Arreglad, cambiad á vuestro gusto la cronología de los monumentos hebraicos: no podréis negar que un mismo genio reina en todos, y en este genio estriba toda la dificultad. Aléjesele con el pensamiento hasta los últimos confines de la antigüedad ó aproxímesele á nosotros; envejecesele ó rejuvenézcasele, la razón humana no logra desembarazarse de él, transportándolo así de siglo en siglo á todos los puntos de la duración. Al fin, es necesario entrar en discusión con él; en cualquier punto que lo encontremos, es casi igualmente peligroso.

En todo lo que precede, las religiones del Oriente, hijas unas de otras, forman una misma Iglesia. El culto de la palabra y de la luz brotó del primer

himno; en este hogar se encendió el genio del Asia, y este genio penetró hasta en el corazón del África. Unidos entre sí, viviendo de la misma vida, estos cultos descansan, como sobre un tripode, sobre el dogma de la Trinidad. Por aquí comienza la dificultad; ¿dónde está el lazo que une á la Judea con esta Iglesia universal del Oriente profano? ¿Cómo ordenar al pueblo judío en esta vasta unidad? ¿Á qué sociedad referirlo preferentemente? ¿Á la de Egipto, como tantas veces se ha intentado? Pero ¿dónde está la sucesión, el encadenamiento del sacerdocio de Memfis al de Jerusalén, de Hermes á Moisés, de Osiris á Jehová? No los busquemos aquí, porque no los encontraremos. Del mismo modo que en la Naturaleza tropezamos frecuentemente en la escala de los seres orgánicos con un intervalo, hiato, que no se puede llenar, así entre Osiris y Jehová no hay sólo progreso de formas, marcha ascendente, sucesión regular, sino una gran revolución. ¿Diremos que Adonai, Eloha, no es otra cosa que la sucesiva evolución del Baal de Babilonia, del Adonis de Fenicia, del Hércules de Tiro? Menos aún. Engrandézcase cuanto se quiera por una progresión continua el genio de estos dioses, no llegarán nunca, por ninguna serie, á la idea de Jehová. Corregid, embelleced, perfeccionad cuanto queráis á Baal ó Astarté: nunca podréis obtener de los dioses de Canaán el Dios de Moisés. ¿Por qué esto? Porque encarnados en el universo, forman un todo con él; la tierra es sus pies, el cielo

su cabeza, las estrellas su vista, mientras que la Naturaleza no es siquiera un vestido para Jehová, quien á su placer puede rehacerla, destruirla. Los vientos no son su soplo, sino sus enviados; las estrellas no son sus miradas, sino sus esclavas; el mundo no es su imagen, ni su eco, ni su alimento, ni su luz, ni su palabra. ¿Qué es, pues? Nada delante de él.

Para hallar una alianza sólida á Jehová es necesario retroceder hasta el principio de los cultos del Alta Asia, hasta aquella divinidad primera, misteriosa, impenetrable, fuente de todas las demás, el Brahma de los indios, el Zerván-Akerene de los persas, *el que es por sí mismo* padre de los dioses, aun antes de tener ninguna posteridad. Con este eterno anciano, sin esposa, sin hijos, sin compañero, sin familia, es con quien Jehová está verdaderamente emparentado. Pero en los otros cultos apenas si este gran solitario se muestra; se cansa muy pronto de su soledad; se encarna en seguida; decae y desaparece bajo la figura del mundo, agotando su divinidad al comunicarla á todas las cosas, mientras que Jehová la acumula, por decirlo así, en sí mismo, sin prestarla á nadie. La misma Trinidad, que constituye el fondo de todos los demás cultos, hállase como velada y obscurecida en el suyo.

En el esplendor de la primera aurora, en la religión de luz increada, es donde su alianza resplandece claramente con Indra y Ormuzd sobre todo,

que flotan como él sobre la creación, sin estar en ella encerrados. Hasta parece nacido en la luz, puesto que por ella empieza á revelarse á Abraham en el hachón de fuego, á Isaac en la hoguera, á Moisés en la zarza ardiendo y en el relámpago de donde irradia la ley, al pueblo en la columna luminosa que precede á su marcha, á Salomón y Elías en la llama que devora el holocausto. Su faz luminosa se levanta por grados desde el centro del Asia sobre las altas cimas, hasta que más y más perceptible con el tiempo, creciendo, elevándose de siglo en siglo con su pueblo, acaba por sentarse, vestido de lino, delante de Miqueas, Isaías, Ezequiel, sobre su trono resplandeciente, parecido al de David. Si fué peligrosa para él la rivalidad de Baal y de Astarté, es porque siendo dioses encarnados en la luz corporal, tenían con el principio espiritual de su culto una analogía exterior, confirmada por los ornamentos del templo. Las palmas extendidas sobre los capiteles, las granadas, los lirios cincelados por los obreros de Tiro, ¿no eran tomados al templo del sol? Los siete brazos del candelabro, ¿no recuerdan los siete planetas ardiendo? El mar de bronce en que los doce toros del templo se abrevan, ¿no es el año eterno de que se alimentan los doce meses? Porque á medida que Dios crece se asimila para purificarlo en su hogar todo lo que de sagrado encuentra en el Oriente; sin temor de mancharse, roba, llenos de doctrinas extranjeras, los vasos sagrados del Egipto, la Persia y la Cal-

dea. Por el génesis salido de la noche se enlaza al Egipto; por la tradición del diluvio y de Babel á los caldeos; por la de los ángeles, el Edén y Satanás, á los medos y Persas. Los Amschapands del *Zend-Avesta* le dan sombra con sus alas desde la cautividad de Babilonia; la muchedumbre de ángeles luminosos del Irán le acompañan en el desierto sobre sus carros y caballos de fuego; hasta los animales sagrados, los dragones de los magos, reaparecen en su culto bajo la figura de querubines con cabezas de toro y alas de diez codos. Transformando cuanto toca, nunca aparecen mejor que en estos raptos divinos su originalidad y personalidad.

¡Notad, en efecto, qué infranqueable barrera levanta en torno suyo; cómo á la vez que se une á todo se separa de todo! No olvidemos tampoco que no se revela como Indra en medio de la Naturaleza tropical, donde todo provoca á la idolatría, á la pluralidad de formas; ni como Ormuzd sobre los montes de la Bractriana, cerca de las fuentes inflamadas de donde brota el culto del hogar; ni como Osiris ó Bel en las orillas del Nilo ó del Éufrates, donde cada onda parece ocultar una divinidad murmurante. ¿En dónde, pues, se ha aparecido? ¿Dónde toma en cierto modo su forma? En el desierto, esto es, en un lugar de donde la Naturaleza está ausente, donde el mundo se detiene, donde nada hay que pueda entrar en rivalidad con él, donde nadie habita más que él, donde su sombra

es su único compañero. Como Cristo en la desnudez de Belén, así se revela en la desnudez del Oreb, patria natural del Dios celoso. Por todas partes en el horizonte, la Naturaleza desolada, sacrificada, el universo desaparecido, ni un río, ni una fuente que adorar, ni bosques, ni metales con que construir imágenes, ni siquiera una voz, excepto la del rayo; pero en todas partes la faz de Jehová, única resplandeciente en el vacío de la inmensidad, el Espíritu solo de pie en medio de su invisible templo. Y la raza de hombres que ha de alimentar esta revelación en su corazón, ¿dónde ha nacido? En el desierto. ¿Qué son los patriarcas que la recibieron? Árabes del desierto. ¿Qué es Moisés que la renovó? Un pastor del desierto. ¿Dónde recibieron las tribus su educación de cuarenta años? En medio de las piedras de la Arabia; allí graba este pueblo en su corazón de piedra la enseñanza del desierto. Siempre el desierto en el horizonte cuando pronunciáis el nombre de Jehová, que parece su genio, su eterno habitante. Notad que la Naturaleza había sido por tanto tiempo adorada, que cuando se quiso destronarla, fué necesario arrojar á los pueblos lejos de ella, para encerrarles en el sepulcro del mundo. Tal es la razón de esta retirada extraordinaria del pueblo hebreo entre las arenas del extravío. La humanidad se recoge en medio del silencio del universo, el milagro del Dios-espíritu se consuma en su corazón. En vano la crítica incurre en numerosas

contradicciones para afirmar que la emigración del Egipto es sólo una ficción moral, una alegoría sin fundamento alguno: yo encuentro en caracteres indelebles el desierto impreso en la institución y hasta en el temperamento de este Dios, en su majestad, en su inmensidad, en su desnudez. Los ásperos surcos de estos valles de hisopo, las escorias de estas rocas destruidas, las amenazas de esta tierra de cólera que jamás ha sonreído, refléjanse en su cara. El terror es su ley; su vista da la muerte (1). Todos los otros poseen santuarios, templos; sólo él vive errante, sin morada, transportando todos los días su tienda, sin detenerse en parte alguna para no tomar la figura de ningún lugar. No es el Dios de la montaña ni el del valle: es nómada como el espíritu que habita en todas partes en un mismo instante. Sólo muchos siglos después de su revelación, cuando su imagen perfeccionada y redondeada en las inteligencias no puede ya ser velada por la imagen del mundo, consiente en penetrar en un templo. Fijase entonces en la Judea, como el grano de vida que, llevado por el huracán, cae al fin en un suelo fértil. Se arraiga, y en lugar de las hordas errantes, sin progreso, sin mañana, he aquí el reino de Judá que empieza á germinar. Y cuando este reino

(1) Spinoza la ha considerado como una ley de castigo. (*Tratado teológico-político*, cap. XVII.) Compara con Hegel, *Historia de la filosofía*, 203.

habrá desaparecido, el mundo querrá todavía seguir el carro de Jehová y volverá á las mismas soledades. Cristo, antes de revelarse, sigue por espacio de cuarenta días las huellas de su Padre sobre la arena inmaculada; más tarde el paganismo se reconcilia con él en el fondo de las Tebaidas; en fin, cuando Mahoma quiere atraer el Oriente al culto de lo invisible, ¿de dónde sale? De la Arabia Petrea, porque una vez más hay en el mundo dos figuras visibles de la eternidad, el Océano y el Desierto, los cuales han dejado impresa su huella, cada uno á su modo, en el genio de las religiones. El uno se agita, se conmueve, se encoleriza, se apacigua al mismo tiempo, borrando cada día su huella: caprichoso, tumultuoso, de su seno debían surgir los dioses inconstantes de la India y de la Grecia. El otro, sin voz, sin sucesión, sin forma aparente, no puede revelar más que el Dios-Espiritu, inmutable, inexorable, incorruptible como él.

II

Los profetas

Los dragones que guardaban el tesoro de los desiertos estaban aislados de toda la naturaleza viva, y era necesario de la propia manera, para conservar el oro puro de la tradición, la doctrina de la unidad de Dios, un pueblo que viviese sin alianzas con el género humano; dado que en los momentos de tregua, en las mezclas de las razas, era cuando se verificaban los concubinatos entre los cultos, y aumentaban las divisiones intestinas del politeísmo. Seguros los jefes de los hebreos de que no había alianza posible entre su religión y las del resto del Oriente, jamás intentaron convertir á nadie; destruyeron, pero no sometieron. Adonde quiera que llegaron, extendieron en torno suyo el desierto, porque este pueblo debía vivir solo en la tierra y en el tiempo, como solo vivía su Dios en el cielo y en la eternidad.

Pero en este aislamiento veíase constantemente oprimido por el gran secreto que sólo él en el universo poseía; sabiendo que era el confidente del Eterno, prestaba atento oído á sus mensajes invi-

sibles y sufría todos los encantos de la soledad. Una voz le decía que en su seno llevaba el porvenir, que valía mucho más que su propio destino, y á pesar suyo, este trabajo del porvenir le atormen- taba; estaba por ello orgulloso y abrumado á la vez. Siempre sobre el tripode, el tono dominante de su poesía y su culto había de ser la profecía.

¿Por qué en los indios, persas y egipcios no hemos encontrado videntes? El profeta, sustituyendo al sacerdote, muéstrase aquí claramente por vez primera. En los cultos panteistas no hay más que un eterno presente; las generaciones se confunden entre sí más bien que se suceden. ¿Qué esperar del porvenir en semejantes sociedades? ¿por qué llamarlo ni temerlo? ¿no está encadenado Dios por la fatalidad, el hombre por la casta? ¿Qué esperanza puede haber en medio de estos lazos que ningún Mesías ha de venir á romper? Sólo en Egipto, como perdido en las arenas, hallamos un oráculo, el de Ammón, avaro de palabras, que es necesario provocar. ¿Qué son los adivinos de la Caldea al lado de Daniel? Sólo en el seno del pueblo hebreo brilla verdaderamente el genio del porvenir, porque su Dios es libre; puede, quiere, eleva, cambia, destruye, se encoleriza y se apacigua. Lo que ha sido, deja de ser la regla inflexible de lo que será. Con la personalidad divina nace el milagro de la libertad en el mundo, arruínanse las viejas instituciones, desarróllase el tiempo hasta entonces envuelto, ábrese, en fin, el porvenir como un libro

cerrado, y en seguida siente el hombre deseo ardiente de hojearlo y devorarlo con la vista.

De aquí la imagen de un pueblo que, rechazando un presente odioso, vive constantemente fuera de sí, en la esperanza de lo imposible. El ministerio de los profetas es una base esencial de su constitución, que descansa en un doble sacerdocio: el de la tribu de Leví, hereditario, consagrado á mantener la tradición, semejante en muchos de sus rasgos al sacerdocio del resto del Oriente, y el de los videntes, sacerdocio libre, personal, espontáneo é independiente de aquella casta. Éstos no sacan su autoridad más que de sí mismos; salen frecuentemente de las últimas clases de la muchedumbre; tribunos del pueblo de Dios, tienen por misión estimular al sacerdocio hereditario, siempre dispuesto á encastillarse en las formas del pasado. Por ellos se esclarece, depura y espiritualiza más y más en las inteligencias la figura de Dios; velan para impedir la confusión entre Jehová y Baal, y derraman incesantemente un alma nueva en los ritos antiguos. Sus palabras estaban primero sujetas al ritmo, y no podían cantarse; más tarde se contentaron con la prosa hablada, pero siempre tuvieron profundo conocimiento de los tiempos en que vivían. Fueron los primeros de la antigüedad en apercibirse de que el viejo Oriente estaba muerto, y celebraron anticipadamente sus funerales. En una época en que los imperios de Egipto y Babilonia estaban aún en pie, cuando nada aparente

mente anunciaba su ruina, tuvieron el seguro presentimiento de que aquellas sociedades habían concluído. ¿Dónde aprendían esta ciencia? Era que el Dios de la historia vivía en ellos. En efecto, de la idea de la unidad divina, como desde lo alto de una torre maravillosa, dominaban todo el horizonte de la antigüedad y veían claramente desplomarse los viejos sistemas religiosos que les rodeaban y caer, con las divinidades antiguas, las sociedades, los imperios, los Estados que hasta entonces habían sostenido. En la historia religiosa leían la historia política y civil; la muerte de los dioses les enseñaba la muerte de los pueblos. Cuando aun no bamboleaba ningún templo, cuando los sacerdotes orientales vivían en la paz más profunda, voces extrañas interrumpen este silencio. *¡Profecía contra Babilonia!* Y en efecto, el imperio de los medos, nacido en un rincón, sale súbitamente de su obscuridad, y apenas nombrado, subyuga á Babilonia. *¡Profecía contra el Egipto!* Y en efecto, Ciro sale de la cabaña de los pastores; su sucesor está en la cuna: se levantan, y Cambises hace apalear las osamentas de los Faraones. *¡Profecía contra Damasco y el reino de Efraim!* Y en efecto, estos reinos van á ser cogidos, como nidos de pájaros, por el cazador de la Caldea. Cada palabra de los profetas parece un juicio de Dios, por lo rápido de su cumplimiento. Desde las altas moradas que sus espíritus habitaban, rápidos embajadores de la política sagrada descubren el plan de la Providen-

cia, cuando todavía estaba oculto para el resto del mundo.

Por otra parte, no se ocupaban sólo en los pueblos extranjeros, sino que dirigían especialmente sus miradas sobre la Judea. La época en que aparecieron fué aquella en que se debatía la cuestión de la independencia nacional del pueblo hebreo, desapareciendo cuando esa independencia estaba sin peligro y cuando ya no tenía porvenir. Cada uno de ellos tiene en este sentido un carácter especial: Isaías es el que más se eleva, advierte desde lejos, y es el primero en mostrar el peligro por la parte de la Caldea; Jeremías es sorprendido por el acontecimiento, y se resigna al yugo; Ezequiel vuelve á levantarse, la cautividad le subleva; los animales de los cultos de Persépolis y Babilonia lo llevan sobre sus alas, señala el camino de la vuelta y traza el plan del segundo templo. Pero á pesar de estas diferencias circunstanciales, todos manifiestan el mismo pensamiento, la misma política, el mismo temor. Ante el Oriente unido en contra suya, invocan en el cielo la unidad de Dios, en la tierra la unidad de los pueblos, la reunión de las tribus, la fraternidad entre los reinos de Efraim y de David, la unidad de gobierno, ó sea la alianza del sacerdocio y del trono en el seno de la teocracia. Imponen lo que se llamaría hoy centralización por la obediencia de toda la Judea á Jerusalén, y como emblema de esta unidad soberana no quieren más que un solo templo, un solo

altar, un solo sacrificio sobre la colina de Sión. Sin embargo, mostrábanse divididos entre dos pensamientos. Cuando miraban á sus pueblos, á aquellas tribus esparcidas al pie de los colosos imperios asirio y persa, no podían menos de temblar, hallando en todas partes tristeza, señales de ruina, lágrimas, gritos, desesperación; dolor imposible de igualar, pues veían que la Judea, el santuario del porvenir, iba á ser dispersado, y de antemano lloraban por su ruina inevitable. Cuando, al contrario, consideraban la idea divina que el pueblo hebreo llevaba en su seno, sentían, levantando la cabeza hacia Jehová, que poseían, con la verdad, la fuerza invencible, y no podía ocurrírseles, ni en sus mayores amarguras, que el pueblo que era templo vivo de Dios estuviese destinado á perecer, puesto que esto habría sido admitir la defecación del Eterno. Por eso siempre que llegan hasta esta idea, su desesperación cesa; lejos de temer, amenazan; levantan al pueblo hebreo del polvo, saludan su triunfo y lo coronan. Esta mezcla de dolor y de alegría, de desesperación y de júbilo, este sentimiento de todo lo que allí hay más débil, la Judea, de todo lo que hay más poderoso, Jehová, este eco, este diálogo de lo infinitamente pequeño y de lo infinitamente grande, he aquí el drama divino, que sólo se encuentra en el genio hebraico.

Se ha preguntado si los profetas tenían idea clara de la inmortalidad del alma. Lo cierto es que

tenían fe en la inmortalidad terrestre del pueblo hebreo. Este reino era el vaso que contenía el espíritu del Eterno; podía ser roto por su cólera, pero había de ser restaurado para su gloria. Y en efecto, cuando el profeta canta los funerales de su pueblo, celebra á renglón seguido su victoria sobre el sepulcro. Y estas ideas no pertenecían sólo á los videntes; eran las del pueblo entero, que puede considerarse en el conjunto de su vida como un solo profeta que vive desde Moisés hasta los Macabeos. Hasta en el destierro, bajo el látigo de los arqueros de la Caldea, cuando era llevado atadas las manos á la espalda, iba conducido por un sueño sagrado, del que nada podía despertarle, ni aun el andar con los pies desnudos sobre la arena del desierto. Cuando descende los tristes grados de la servidumbre, cree subir las gradas del trono del mundo; tan cierto es que sola la idea de Jehová lo invistió de una monarquía que nada podía abolir. Esclavo en la Caldea, siéntese el soberano de la tierra por la potencia de su dogma.

¡Cuánto no se atenuaría, por otra parte, la importancia de los profetas, no viendo en ellos más que tribunales del desierto! No destruyen los pueblos, los unos por los otros, la Judea por la Caldea, la Caldea por la Asiria, la Asiria por la Persia, sino para hacer brillar más el poder de su Dios, único en pie en medio de estas ruinas. Lejos de encerrarse en el estrecho recinto de una ciudad, de una raza de hombres, son, como la tradición les llama,

oradores de Dios que leen el porvenir allí donde se forma, esto es, en Dios mismo. Tal es la altura de su trípode, que abrazan todo el horizonte de la historia, donde cada siglo parece una ola en esta visión del océano de los tiempos; porque no profetizan únicamente una serie de accidentes, de sucesos, como los oráculos griegos, sino que anuncian un cambio social, una ciudad, una humanidad nueva. El reino de David es para ellos una edad de oro que extienden á todo el porvenir, viendo anticipadamente, con la restauración de este reino ideal, la unidad de Dios apoderarse de toda la tierra y redimir el antiguo mundo. En este sentido se ha dicho, con razón, que en un sólo capítulo de Isaías hay más de una república de Platón. En efecto, ¿no se han cumplido las profecías? ¿No ha triunfado la unidad de los Elohim? ¿No ha sido destronado el Dios de Babilonia por Jehová, esclavo de esta gran ciudad? ¿No ha sucedido á la antigua enemistad la fraternidad de los pueblos? ¿No encerraba implícitamente el Antiguo Testamento, como el botón encierra la flor, el Nuevo? ¿No ha sido renovada la faz de la tierra, y con ella la humanidad misma? ¿No trabajan hoy, quizás sin saberlo, todos los hombres en reconstituir, según el plan divino percibido en su origen por aquellos profetas inspirados, el imperio de David? Porque todos los pensamientos de Dios, así como sus obras, hállanse envueltos en un primer supremo pensamiento, y los primeros que poseyeron este pensa-

miento, poseyeron realmente la ciencia de todos los tiempos, de todas las formas del porvenir.

Un hecho extraordinario sucede después de la vuelta de la cautividad de Babilonia: el poder profético pasa, desaparece en la próspera fortuna. La esclavitud lo exaltaba; el tranquilo vasallaje lo extingue, y ya no reaparecerá más que un momento bajo los Macabeos con el peligro de una lucha desesperada. Es que el pueblo hebreo, reconociendo la protección del extranjero, plegándose á la soberanía del Asia, se privó del doble aguijón del orgullo y del dolor; porque cuanto más llevadero es su presente, menos siente el trabajo del porvenir. Nunca tuvo el alma de este pueblo tan sublimes oráculos como bajo las cadenas de la Caldea, mientras que la paz, bajo la autoridad consentida de un señor, lo aletargó, y su espíritu resignado dejó de roer sus cadenas. En vez de elevarse, se ve á sus profetas descender hasta el tono didáctico, sucediendo insensiblemente á los sublimes cánticos de Isaías y Ezequiel las sentencias y proverbios del *Ecclesiastés*. En este momento todo ha concluido: el pueblo hebreo ya no vive más que de las promesas del pasado; al perder la independencia, ha perdido su trípode.
